

La
mirada
interior

Ensayos-Entrevistas

Javier Vásconez

Edición de
Guillermo
Gomezjurado Q.

JAVIER VÁSCONEZ

Javier Vásconez nació en Quito y estudió en España y París. En 1982 inició su trayectoria narrativa con *Ciudad lejana*, y en 1983 ganó la primera mención en la revista *Plural* de México con «Angelote, amor mío». Su obra comprende los libros de relatos: *El hombre de la mirada oblicua* (1989) y *Café Concert* (1994), y la novela *El viajero de Praga* (Alfaguara, 1996), que tuvo gran reconocimiento del público y de la crítica tanto en Hispanoamérica como en Europa. Ese mismo año, publicó la novela *El secreto*. Su antología de cuentos, *Un extraño en el puerto* (Alfaguara, 1998), significó un momento de madurez en su narrativa. En 1999 publicó *La sombra del apostador* (Alfaguara), novela que quedó finalista en el Premio Rómulo Gallegos. En 2003 publicó el cuento «Thecla teresina», en 2004 la compilación *Invitados de honor*, en 2005 su novela de espionaje *El retorno de las moscas* (Alfaguara) y en 2007 *Jardín Capelo*. En 2009 apareció en España una selección de sus cuentos bajo el título de *Estación de lluvia*. En 2010 publicó *La piel del miedo*. El Fondo de Cultura Económica publicó en 2016 *Novelas a la sombra* con el prólogo de Christopher Domínguez. En 2017 Pre-Textos publicó la sexta edición de *El viajero de Praga* con el prólogo de Juan Villoro. La Universidad San Francisco de Quito USFQ, en el año 2018 editó *Cuentos reunidos* con el prólogo del escritor mexicano Pedro Ángel Palou. En 2019, el autor publicó *Roldán* con ilustraciones de Jorge Velarde. En 2021 la editorial Pre-textos publicó su última novela *El coleccionista de sombras*.

La mirada interior

Ensayos - Entrevistas



Javier Vásconez
Edición de Guillermo Gomezjurado Q.

Dragon Books

Universidad San Francisco de Quito USFQ, Quito 170901, Ecuador.
<https://usfqpress.com>

Dragon Books es un sello de USFQ PRESS, casa editorial de la Universidad San Francisco de Quito USFQ. Las obras que articulan y definen el catálogo, ya sean infantiles, juveniles, de ficción o no ficción buscan, desde la singularidad, complacer este deseo del lector de encontrar significados propios; es decir, una literatura viva que plantee preguntas, que sea además integradora y que despierte la curiosidad en todos los lectores.

La mirada interior. Ensayos – Entrevistas

Javier Vásconez

Producción editorial: Andrea Naranjo

Edición y prólogo: Guillermo Gomezjurado Q

Diseño de cubierta y diagramación: Krushenka Bayas Ramirez

Revisión de estilo: Andrés Cadena

Para esta edición:

© Universidad San Francisco de Quito USFQ, 2026

© Javier Vásconez, *La mirada interior. Ensayos – Entrevistas*, 2026

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-9978-68-349-1

Primera edición: abril, 2026

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal, Quito – *Printed in Ecuador*

Catalogación en la fuente Biblioteca de la Universidad San Francisco de Quito USFQ

Vásconez, Javier

La mirada interior : Ensayos – Entrevistas / Javier Vásconez ; edición de Guillermo Gomezjurado Q. – Quito : USFQ Press, ©2026. p. : cm.

ISBN: 978-9978-68-349-1

1. Ensayos ecuatorianos. – 2. Literatura ecuatoriana – Historia y crítica. – 3. Entrevistas.
I. Gomezjurado Q., Guillermo, ed. – II. Título.

CLC: PQ8220.32.A83 M57 2026

CDD: Ec864

081-233

El uso de nombres descriptivos, comerciales o marcas registradas en esta publicación se realiza en el marco de las leyes y normativas de protección vigentes.

La información contenida en este libro es responsabilidad de sus autores, quienes han procurado que sea veraz y precisa a la fecha de publicación. USFQ PRESS acompaña este proceso editorial y pone a disposición este contenido con el propósito de aportar al conocimiento y la discusión académica.

La mirada interior

Ensayos - Entrevistas



Javier Vásconez
Edición de Guillermo Gomezjurado Q.

 Dragon
Books

Índice

Las apuestas del topo	
Guillermo Gomezjurado Quezada	9
I Tomas de postura	17
Divagaciones acerca de una línea imaginaria	19
Un escritor incómodo	29
II Aprendizajes y miramientos	37
Elogio de un lector desconocido	39
Aprendiendo a mirar	45
El cuento del cuento	49
La novela como naturaleza muerta	
Literatura y medioambiente	53
III Relecturas en el espejo	59
Interrogatorio	61
Algunas consideraciones sobre <i>El viajero de Praga</i>	69

IV Kronz	73
Josef Kronz, el médico que salió del frío	75
V Entrevistas	81
La felicidad está pasada de moda <i>Alejandro Querejeta</i>	83
De viaje con Váscone <i>María Aveiga</i>	105
La memoria es una herramienta de la que ya no podemos prescindir <i>Amir Valle</i>	127
Entrevista con Javier Váscone <i>Anne-Claudine Morel</i>	139
El síndrome de los invisibles <i>Juan Pablo Castro Rodas</i>	169
La novela: un mundo hecho de palabras <i>Yanko Molina</i>	181
Las mujeres introducen un toque de imaginación en una sociedad masculina tan estancada y aburrida <i>Cristóbal Zapata</i>	205
Enlaces a otras entrevistas	217

Las apuestas del topo

Guillermo Gomezjurado Q

Ya hacia 1989, cuando publicaba *El hombre de la mirada oblicua*, Javier Vásconez había contaminado su ciudad con las atmósferas tomadas por el aire de la sospecha o del crimen, propias del género negro, quizá como un modo de remover —y narrar— el encierro de una ciudad andina, proclive al secreto y a lo difuso. Pero si este fue un libro decisivo en términos estilísticos, ya que el autor abandona la escritura barroca de *Ciudad lejana* (1982) y cifra varios de los derroteros por donde habrá de transcurrir su narrativa posterior, es sólo al finalizar la década del noventa, con la aparición —en apenas tres años— de *El viajero de Praga* (1996), *Un extraño en el puerto* (1998) y *La sombra del apostador* (1999), cuando se revela, en sus reales proporciones, la fisonomía y la ambición de su obra literaria.

En estos libros Vásconez convierte su ciudad lluviosa, incierta, situada a la sombra de un volcán, en un centro de operaciones donde efectúa, con admirable dominio del oficio, sus apuestas literarias más conocidas, muchas de ellas regidas por mecanismos de compensación que habrían fascinado a

pensadores como Odo Marquard. Así, en «Un extraño en el puerto» rompe —aunque sea de modo evanescente— el aislamiento de la ciudad, al configurar un alucinante puerto en la montañosa Quito; en *El viajero de Praga* enlaza su mundo con otros universos de ficción, sobre todo con el de Kafka, mediante la relación del doctor Kronz con Lowell, su oscuro perseguidor; o ejerce, con maestría, la *estética del disimulo*, cuya consigna es «buscar lo indeterminado y narrar a partir de la conjetura, con la memoria concentrada en el *tal vez* y en el *quizás*», según señala el propio autor.

Se trata, pues, de un momento de inflexión para Vásconez, en lo que respecta a la consolidación de su ficción. Pero lo es también en términos de reconocimiento, pues a partir de entonces su obra pasará a ocupar un lugar central en el espacio de la narrativa ecuatoriana y su figura de autor cobrará protagonismo en la escena literaria.

Señalo todo esto porque los textos seleccionados en *La mirada interior* son una clara muestra de esta incursión de Vásconez en revistas y en diálogos con lectores, desde «Divagaciones acerca de una línea imaginaria», el más antiguo de los artículos en este volumen, publicado en el 2000, un año después de *La sombra del apostador*, hasta la última entrevista aquí convocada, realizada por Cristóbal Zapata, a finales de 2023. Se trata de textos que han ido apareciendo de forma eventual a lo largo de más de veinte años, escritos sin ninguna pretensión de unidad pero en los que un lector atento no podrá dejar de identificar partes de la bitácora de una travesía literaria; y notará que, leídos en cercana correspondencia con los cuentos y novelas del autor, ellos arrojan claves para comprender y situar mejor sus apuestas y posturas literarias.

El volumen se abre con «Divagaciones acerca de una línea imaginaria», donde ya están presentes algunas actitudes que definirán el tono del resto de los artículos y entrevistas; entre ellas, la irreverencia, el desparpajo o la impaciencia

ante los lugares comunes de la crítica, o sus rodeos innecesarios. «Divagaciones...» es, sobre todo, un acta de intenciones o un envite literario, no exento de polémica, que revela en Vásconez a un jugador intempestivo, dispuesto a patear el tablero y plantear las reglas de su propia literatura.

En ese sentido, lo primero que llama la atención es el desvío hábil y estratégico con respecto a las habituales discusiones de la época. Consciente de haber nacido en un país literariamente invisible, aquí Vásconez no empieza por hacer un balance de la narrativa ecuatoriana que le antecede, como habrían esperado muchos, sino que tienta un atajo arbitrario e inteligente: lanza una provocación. Ecuador, dice, al contrario de lo que se sostiene con frecuencia, quizá no sea más que una línea imaginaria que sólo puede interesar a quien quiere desaparecer o busca la impunidad...

Refutar esta afirmación, nos lo recuerda el propio autor, es fácil —basta con buscar el punto que corresponde al país en el mapa—, pero hacerlo resulta improcedente pues saca la discusión del terreno de la ficción, en el cual él se ha situado. Lejos de la tradición realista de los narradores que intentaron dar cuerpo a «lo ecuatoriano», Vásconez escribe, para decirlo con sus propias palabras, como quien va «a la búsqueda de un paralelo inencontrable o de un insólito sueño individual», por lo que no es extraño que prefiera situarse del lado de poetas como Carrera Andrade o Gangotena, o del narrador Pablo Palacio, autores que se aventuraron a escribir imponiendo sobre el mundo una mirada extraña, singular. Dicho de otro modo: cuando el autor quiteño habla de una línea imaginaria que lleva por nombre Ecuador está pensando ya no en un país, sino en el escenario para sus personajes y conflictos.

Así pues, con el movimiento realizado en «Divagaciones...», Vásconez evadía el horizonte de lo que se esperaba de un escritor ecuatoriano y prefería apuntar al mapa abierto con sus narraciones, atento al impulso vital de su

escritura y a la serie de búsquedas formales que profundizará en los años siguientes, cuando aparecen varias de sus novelas mayores, como *La piel del miedo* (2010), *Hoteles del silencio* (2016) o *El coleccionista de sombras* (2021). Y quizá no esté por demás mencionar el arriesgado experimento que acomete en *Invitados de honor* (2004), una singular reunión de relatos en los que, bajo el pretexto de imaginar la estancia de escritores como Nabokov, Conrad o Faulkner en Quito, logra la fantasía de solapar, como en un eclipse, y durante el tiempo que dura cada narración, dos mundos de ficción —el suyo y el de cada uno de sus invitados—, que se reflejan y contaminan y producen sombras extrañas, hijas de las dos literaturas sobrepuestas.

Publicado veinte años después, «Un escritor incómodo» complementa bien el desafío realizado en «Divagaciones acerca de una línea imaginaria». Aquí Vásconez regresa la vista atrás y revisa las decisiones y la obstinación de un narrador solitario, que se demora en reconocer el camino de su ficción y se lanza a la aventura de contar desde una línea de sombra, dispuesto a llegar a las últimas consecuencias sobre los caballos de la escritura. Es, pues, un testimonio conmovedor sobre la búsqueda de la libertad creativa y la voluntad de un artista incorruptible, que hizo del distanciamiento el mejor reducto para emprender sin distracciones la aventura de escuchar eso que algunos denominan «voz propia».

Sin duda, un elemento fundamental para comprender el universo de Vásconez tiene que ver con sus estrategias de lectura. Como es sabido, la suya es afín a la caracterización que Harold Bloom hace de los lectores poderosos, que distorsionan lo leído en función de sus propios intereses, aunque nuestro autor prefiere atribuir esta enseñanza a un profesor suyo, el gramático español Luis Fradejas Sánchez, tal y como lo testimonia en «Elogio de un lector desconocido». De este interlocutor estimulante y exigente —quien, por cierto, años atrás, en su paso por Cuenca, también fue amigo y maestro

del poeta Jara Idrovo—, habría aprendido que «un buen lector es desobediente y arbitrario. Alguien entrenado para practicar la traición».

Tener presente que es este modo *interesado* y creativo el que rige las lecturas de Vásconez resulta de central importancia, no sólo para apreciar algunos de los envites de su obra de ficción, sino para entender varios de sus posicionamientos con respecto a la literatura en general, o ante ciertos autores en concreto. Así, por ejemplo, su alejamiento de algunas propuestas brillantes del *boom*, para prestar especial atención a Onetti, Benet o Pitol, no supone ni de lejos que desestime el trabajo de Fuentes o García Márquez —dos genios a los que, de hecho, Vásconez admira, aunque en diferente medida—, sino simplemente da cuenta de una elección estética o una búsqueda compartida con respecto a los modos de escribir de los autores a los que se acerca. Igual cosa ocurre con las opiniones de Vásconez sobre la literatura ecuatoriana, aunque en este caso es verdad que la temperatura sube y puede haber opiniones apasionadas y contundentes con las que muchos lectores no lleguen a coincidir del todo. En este punto, vale decirlo así sea de paso, lo importante no es estar de acuerdo con Vásconez, pues no es un autor que pretende sentar cátedra o escribir una historia de la literatura, sino valorar el modo en que estas intervenciones desestabilizan el terreno conocido e invitan a pensar más allá de los lugares comunes, siempre desde el terreno de la creación.

Aunque en un sentido un tanto distinto, en «Aprendiendo a mirar» se encuentra otro uso particular de lectura, pese a que, en este caso, sea el cine el que aparece como objeto de la mirada interesada de Vásconez. Como un espía que se entrena para identificar en ciertos gestos indicios que delaten a un posible opositor, el narrador regresa a algunos films clásicos y los estudia, atendiendo a la compleja carga emocional que puede estar presente en un gesto o en el movimiento

involuntario de un personaje. Trazando enlaces con la obra de ficción, bien se puede decir que los efectos de este aprendizaje resultan fáciles de percibir en la literatura del escritor quiteño. De hecho, si se vuelve la vista a sus cuentos y novelas, y se presta atención a los momentos en que se describen este tipo de detalles, se notará que Vásconez los convierte en puntos de fuga, donde la imagen superficial y fija de un personaje que vemos tiembla y se abre a la sospecha, al recuerdo, al ejercicio de la conjetura o a la imaginación de oscuras motivaciones. Así sucede en «Orfila», donde una tarde el protagonista del relato se acerca a espiar, desde el otro lado de la ventana, los movimientos de un anticuario que lo intriga y, al observar la meticulosidad con que limpia y arregla ciertos objetos para la venta, intuye en él un rasgo de violencia. Lo supone, pues, despiadado y no puede dejar de imaginarlo en escenas algo perversas, donde impondría su voluntad con sevicia.

En la obra del autor de *Jardín Capelo*, estas no son las únicas veces en que ocurren este tipo de fugas de la certeza o lo visible hacia los terrenos de lo incierto. Basta pensar en las visitas a la memoria que Vásconez realiza, con un álbum de fotos en mano, en «Matineé en el cine Bolívar», o en las formas en que Jorge Villamar, tomado por la insidia de los celos, abre las compuertas de una imaginación peligrosa para idear el pasado de Loreta. A la final, como bien dice el narrador de *Hoteles del silencio*: «Todos tenemos una voz y un oído interno, también la mirada inventa y nos arrastra muy lejos de donde estamos».

Afin a estos ejercicios de sospecha y búsqueda, en «El cuento del cuento» el autor hace un bello acercamiento al que —para muchos— es el género narrativo más exigente, por su precisión y capacidad de sugerencia, tan cercano al trabajo poético. Más allá de la sintética revisión de algunas de las expresiones que ha adquirido este tipo de narración a lo largo del tiempo, lo más relevante de este artículo aparece cuando el autor caracteriza los cuentos que le interesan,

desde su posición de lector y escritor. Así pues, hace apuntes de gran delicadeza, precisos y sugerentes; por ejemplo, que «un cuento es como una crisálida donde germina una ficción, la cual está a punto de evolucionar y levantar el vuelo en manos de un escritor», o que escribir uno «es como entregarse a un secreto, pero también es lanzarse a un viaje de rescate para alcanzar algunas imágenes recónditas del sueño».

De travesía más breve y menos arriesgada, «La novela como naturaleza muerta» también testimonia una búsqueda y un aprendizaje: el que Váscenez desprende de lanzarse a entender las relaciones de la ecología con la literatura.

Por su parte, «Interrogatorio», «Algunas consideraciones sobre el doctor Kronz» y «Josef Kronz, el médico que salió del frío» son tentativas de *introspección estética*, conversaciones del autor consigo mismo. El primero, de carácter panorámico, es un texto que planea sobre algunos de los temas recurrentes en su obra más temprana y da algunas claves sobre sus cuentos emblemáticos. Los otros son testimonios del proceso por el cual el novelista ha logrado intensificar el modo de existencia de un personaje —Kronz—, desde que es apenas una sombra entrevista, una existencia virtual, en términos de Étienne Souriau, hasta que termina por establecerse con una existencia concreta. En una original caracterización del proceso creativo, Váscenez asocia ese trayecto instaurativo con el espionaje —un juego de habilidad y obstinación, de táctica, agudeza mental, presteza para la improvisación y tino— y ve en él un irremplazable ejercicio de conocimiento.

Finalmente, quizá vale decir unas pocas palabras sobre las entrevistas, donde el lector podrá encontrar, con el entusiasmo y el apasionamiento propios de una charla entre amigos, algunas de las experiencias fundamentales del autor, sus consideraciones sobre ciertas ciudades, los viajes y numerosas confidencias que amplían el conocimiento que se tiene de sus personajes o sobre el proceso de escritura de algunos de

sus libros. En ellas también se matizan, amplían o clarifican varias de las reflexiones de Vásconez sobre el cuento, el cine, el difícil medio cultural ecuatoriano. Hay que saludar, asimismo, la pertinencia de quienes participan en las entrevistas y buscan acercarse a la órbita de Vásconez, haciendo uso de grandes dosis de sentido común y fuerza imaginativa.

Como lector de Vásconez, haber participado en la ordenación y edición de los artículos y entrevistas aquí reunidos supuso el descubrimiento de un libro secreto, que había venido escribiéndose a espaldas incluso de su autor y que permaneció en la sombra por demasiado tiempo. Sacarlo hoy a la luz significa volver a poner sobre la mesa las apuestas y consideraciones de un escritor que, como Marías o Bolaño, ha hecho del *pólemos* una táctica para remover las aguas, a veces demasiado calmas, de la literatura. En el espacio cultural ecuatoriano, muchas veces tomado por la timidez, la tibieza de lo políticamente correcto, la abulia o la comodidad de los lugares comunes y el aburrimiento, los envites de Vásconez resultan un viento de renovación, una lección de irreverencia que nos recuerda que sí es posible ir a la biblioteca como quien va al hipódromo y hacer de la literatura una discusión continua, entusiasta e inteligente, un lugar en donde ejercitar nuestras intuiciones y audacias, y jugarnos por nuestras apuestas.

*

Como se había mencionado, los artículos y entrevistas aquí reunidos aparecieron inicialmente en revistas y libros a lo largo de más de veinte años, sin ninguna intención de componer una unidad. Es inevitable, pues, que se repitan varios temas, ideas u opiniones, sobre todo en las entrevistas, algunas de las cuales hemos editado para evitar reiteraciones; hemos colocado puntos suspensivos entre corchetes, «[...]», en los lugares donde se han realizado dichas intervenciones.

Cuenca, diciembre de 2025

I

Tomas de postura

Divagaciones acerca de una línea imaginaria¹

A veces he llegado a pensar que Ecuador no es un país, sino una línea imaginaria cuyo nombre fatídico y abstracto se lo debemos a los geodésicos españoles y franceses del siglo XVIII. Según Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, «si las medidas efectuadas en Laponia resolvieron la polémica sobre la figura de la Tierra en favor de la tesis de Newton, los trabajos desarrollados en el Reino de Quito fueron de tal envergadura que supusieron una prodigiosa puesta a punto de todos los métodos y recursos prácticos de la astronomía y geografía del momento». Más aún, es a partir de la misión geodésica que el conjunto del territorio donde se realizaban las investigaciones será conocido bajo la denominación de «tierras del ecuador».

¹ Publicado por primera vez en la revista *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, número 24, en el año 2000. Luego, este texto se ha publicado varias veces en otras partes, como en la revista *El Guacamayo y la Serpiente*, o en el libro *El exilio interminable. Váscquez ante la crítica* (Paradiso Editores, 2002).

Este sentimiento contradictorio y equívoco, con el que los ecuatorianos nos hemos habituado a vivir, curiosamente posee su lado enigmático y luminoso, especialmente en el terreno de la literatura. ¿Cómo escribir sobre una línea imaginaria? Los geodésicos trazaron las coordenadas celestes, pero se olvidaron de los habitantes de las tierras del Ecuador. De eso me ocuparé más adelante. Entre tanto, no intentaré demostrar que Ecuador sí existe, pues sólo tendríamos que localizarlo en un mapa. Y eso nos llevaría a la inevitable conclusión de que no es sólo una línea imaginaria, ya que para probar lo contrario han venido hasta Madrid otras personas más sabias y razonables que yo. Según este argumento, Ecuador sería un país real. En todo caso, yo he elegido el papel de traidor, lo cual es lo mismo que decir escritor. Porque ese país sin atributos, con una identidad fragmentada y contradictoria, en mi opinión es tan ficticio como el otro, y del cual apenas conservo la visión de unos cuantos exiliados en su propia casa. Pero no es de ese país del que voy a hablar.

Como escritor, creo en el poder absoluto de la imaginación. Por eso he optado por situarme en el terreno de la ficción. Juan José Saer afirma que no se escribe ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exigen los tratamientos de la «verdad», sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación. No intento volver la espalda a ninguna realidad, al contrario, creo en el afán legítimo de todo escritor de inventar y soñar vidas como la de ese viajero osado, el doctor Kronz, quien un buen día llegó a una ciudad de provincia, o sea a una línea imaginaria, y acabó atrapado en un hospital destartado. O más aún: mantengo vivo el deseo de inventar un puerto en una ciudad andina, gracias a la visión de un hombre recluido en el estudio de una casa. Tengo que decir que mi tarea ha sido fascinante. Quizá por eso he